

[Original]

## Objeto dinámico y semiosis: construcción del sentido y del mundo en Peirce

ANA LUISA COVIELLO  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Nacional de Tucumán  
R. Argentina  
✉

---

**Resumen:** El presente artículo indaga en la cuestión del objeto dinámico de Charles S. Peirce, su definición como *aquello que es independiente de las representaciones* y la aparente contradicción que presenta este concepto con el cuestionamiento que el mismo autor lleva adelante del hecho positivista entendido como un objeto puramente observable y objetivo. La reflexión incluye la puesta en diálogo de la semiótica pragmática peirceana con las interpretaciones de esas teorías por parte de Nathan Houser, Eliseo Verón y Hugo Mancuso, y el análisis de la construcción de la teoría atómica a lo largo del siglo XIX, como ilustración de la dinámica entre imaginación y evidencia empírica. El caso pone a prueba conceptos discutidos a lo largo del trabajo tales como la semioticidad de los juicios perceptuales, el paradigma indicial aplicado a realidades intelectuales, el estatuto de la máxima pragmática y el de la realidad.

**Palabras clave:** Semiótica – Pragmática – Realismo – Imaginación.

[Full Paper]

### **The Dynamic Object and Semiosis: The Construction of Meaning and the World by Peirce**

**Summary:** This paper inquires about Peirce's dynamic object, its definition as *the object as it is, independent of any representation* of it and its apparent contradiction regarding the view of the positivist fact as an observable and objective object, which Peirce criticizes. These considerations include a dialogue between Peirce's pragmatic semeiotics and its interpretations by Nathan Houser, Eliseo Verón and Hugo Mancuso, and the analysis of the construction of the atomic theory along the Nineteenth Century as an illustration of the dynamics between imagination and empirical evidence. The case puts to test the concepts discussed throughout the work such as the semeioticism of perceptual judgements, the indicial paradigm applied to intellectual realities, the statute of the pragmatic maxim and that of reality.

**Key words:** Semeiotics – Pragmatism – Realism – Imagination.

---

## Introducción

### *Objeto observable, objeto construible*

Asunto complejo en la teoría peirceana es el del objeto inmediato y el del objeto dinámico, abordado por Eliseo Verón y reformulado desde su teoría de la semiosis social, de tal modo que encuentra allí lo que llama «el espesor de lo real» (1988 (1998):133). La cuestión es amplia y tiene una historia filosófica de mucho peso, de tanto, que podríamos decir que estamos frente a una problemática, esto es, a un objeto de reflexión inagotable que no encontrará nunca una respuesta que satisfaga a todos los requerimientos. Tal es la dimensión de las reflexiones sobre el pensamiento y el mundo, y sus variadas relaciones, que ha llevado a conceptualizarlos en términos de subjetividad *versus* objetividad, o de lo interno frente a lo externo, o de lo psíquico en oposición a lo material.

Este trabajo se propone indagar sobre los conceptos de objeto inmediato y de objeto dinámico expuestos por Peirce a lo largo de su monumental obra, explorar las contradicciones que en apariencia suscitan ciertas afirmaciones, y ponerlas en relación con la propuesta que sobre el tema hace Eliseo Verón en sus *Semiosis social I y II* (1988, 2013), teniendo en cuenta, además, conexiones que realiza Hugo Mancuso (2010) sobre la teoría de Peirce en general. Para ello, partiremos de la hipótesis de que el objeto dinámico, definido en términos de «*independencia de un objeto respecto de nuestro pensamiento sobre él*» (1871, CP 8:30, OFR1:5.144),<sup>1</sup> plantea la consideración de lo real como un objeto observable, lo que entraría, en principio, en contradicción con lo que se ha tenido como una de las propuestas más vanguardistas de Peirce: su convicción de que toda descripción del objeto modifica al objeto (Mancuso 2010:35), esto es, la idea de que la realidad es un objeto construible.

Las reflexiones analizarán un caso de la historia de la ciencia: el de la construcción de la teoría atómica, que proporcionará anclaje concreto a los conceptos de la discusión teórica expuesta previamente, con la idea de echar luz sobre las conflictivas relaciones entre las realidades materiales a las que la ciencia actualmente continúa privilegiando y las realidades intelectuales, culturales, mentales, que convocan la colaboración de la imaginación en la

---

<sup>1</sup> OFR1 y OFR2 son las siglas con que remito a los tomos de la *Obra filosófica reunida* de Peirce, que constituyen la traducción al español de los dos tomos de *The Essential Peirce*, editados por Nathan Houser y Christian Kloesel (Bloomington IN: Indiana University Press, 1992 y 1998). Lo que sigue al tomo es el número de artículo previsto, seguido de sus páginas.

resolución de hipótesis, que no siempre encuentran relación indicial con el mundo empírico.

## Desarrollo

### *El encuentro de la comunidad*

En la teoría de Peirce la idea de un objeto construible establece una ruptura con el objetivismo positivista del siglo XIX, que lleva al encuentro del concepto de la *comunidad*, en el que se plasma la relevancia de la intersubjetividad, del acuerdo comunitario en la búsqueda de la verdad o en la búsqueda de lecturas efectivas. Muy temprano en uno de sus artículos de la Serie Cognitiva, Peirce decía:

Lo real, entonces, es aquello en lo que, tarde o temprano, la información y el razonamiento resultarían finalmente, y que es por tanto independiente de los caprichos suyos y míos. Por tanto, el mismo origen de la concepción de realidad muestra que esa concepción implica esencialmente la noción de una COMUNIDAD, sin límites definidos y susceptible de un aumento indefinido de conocimiento (1868, *OFRI*:3.96).

En su camino desde lo que Nathan Houser llama un cuasi-nominalismo hacia el idealismo objetivo —especie de cruce entre el realismo crítico medieval de Duns Scoto y el historicismo de Giambatista Vicco (Mancuso 2010:32)—, Peirce descubre la relevancia del *outward clash*: el choque externo (año 1885). Casi veinte años después de aquella definición de lo real como un consenso al que necesariamente toda investigación llegaría, Peirce da otro paso: el apoyo del conocimiento en la experiencia (Fisch 1986:190). En términos de Houser, Peirce «había llegado a entender la importancia de sujetar el pensamiento a situaciones que hubieran ocurrido efectivamente» (2012a:24), lo que implicaba anclar lo general en lo particular, o, en otras palabras, hacer pie en la *haecceitas* de Scoto. Aunque todavía no estamos en la etapa en la que el realismo de Peirce se encuentra orientado hacia el pragmatismo, ya la determinación de la experiencia en la generalidad del pensamiento va ganando lugar en su teoría. Estamos en el momento de la plena integración de la secundidad en el edificio del pensamiento filosófico peirceano, que encontrará afianzamiento hacia 1890, en los inicios del período monista. Faltará que en 1896 incorpore la relevancia de la primeridad para que se convierta en lo que Fisch llamó «un realista de tres categorías» (1986:195).

La evolución del pensamiento peirceano hacia un creciente realismo fue acompañado de un retorno al pragmatismo que había dejado de lado tras los encuentros del Club Metafísico de Cambridge alrededor de 1878. En 1897, la publicación de Henry James *The Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy* lo lleva a retomar la máxima pragmática,<sup>2</sup> que había sido expuesta a través de la prueba de la creencia, pero formulándola ahora en términos de una teoría de la percepción:

No creo que sea posible comprender completamente los méritos del pragmatismo sin reconocer estas tres verdades: *primera*, que no hay ninguna concepción que no se nos haya dado en los juicios perceptuales, de modo que podemos decir que todas nuestras ideas son ideas perceptuales. Esto suena a sensacionalismo. Pero para mantener esta posición es necesario reconocer, *segundo*, que los juicios perceptuales contienen elementos de generalidad, de manera que la Terceridad es directamente percibida; y finalmente, pienso que es muy importante reconocer, *tercero*, que la facultad abductiva, mediante la que adivinamos los secretos de la naturaleza, es, podemos decir, una sombra, una gradación de aquello que en su perfección más alta llamamos percepción (Peirce 1903a (OFR2):15.290).

Una famosa metáfora, también de 1903, nos pone en la pista del pragmatismo como lógica de la abducción:

Los elementos de todo concepto entran en el pensamiento lógico por la puerta de la percepción y salen por la puerta de la acción que tiene un propósito; y todo lo que no pueda mostrar su pasaporte en esas dos puertas debe ser detenido por la razón como no autorizado (Peirce 1903b (OFR2):16.309-310).

Esta teoría del significado asociado al uso plantea una relación indicial entre el pensamiento-signo y el mundo material, esto es, entre lo interno y lo externo, como si fuera posible establecer una correspondencia entre esos dos ámbitos. Pero, por un lado, el mundo, lo material, lo externo, o aquello definido en

---

<sup>2</sup> «Considérese qué efectos, que pudieran concebiblemente tener repercusiones prácticas, concebimos que tiene el objeto de nuestra concepción. Entonces, nuestra concepción de esos efectos constituye la totalidad de nuestra concepción del objeto» (Peirce 1878 CP 5.388-410, (OFR1):8.180).

múltiples artículos como *lo que tiene independencia de nuestras representaciones*, es un mundo que no puede ser conocido por los seres humanos sino a través de signos. Eliseo Verón también plantea esta cuestión en su *Semiosis social*, cuando sostiene que «si se puede decir de un objeto que determina un signo es porque el objeto mismo, como el representamen y el interpretante, es un signo» (1988 (1998):115). Y, por el otro lado, la existencia de realidades no materiales o de realidades ficticias o de realidades del pensamiento, es decir, de aquellos productos de la mente que no podrían señalarse indicialmente, plantea un problema para la teoría, en el sentido de que no habría correlato posible con aquella realidad independiente, no habría manera de que esos signos señalen nada en el exterior. Houser lo pone en estos términos:

Emerge una pregunta importante: ¿qué clase de principio es después de todo la máxima pragmática? ¿Es una máxima lógica y un principio regulativo o es una verdad positiva que puede tratarse como una hipótesis científica que requiere de confirmación inductiva? El tratamiento de Peirce sugiere que es ambas cosas. Pero, como verdad positiva que nos dice cómo interpretar el significado de concepciones o proposiciones —signos con valor intelectual—, ¿cómo podría confirmarse la máxima pragmática? (Houser (2012b):43).

Este interrogante que Houser nos regala deja resonando en el aire incomodidades a las que nos enfrentamos cuando analizamos las pruebas pragmaticistas de Peirce, que pueden relacionarse con los límites de su teoría del uso, de su paradigma indicial, o suscitar reordenamientos teóricos que empujen su realismo a una reinterpretación.

### *El espesor de lo real*

En la lectura que Verón realiza del doble objeto peirceano, se plantea una aparente paradoja: «la necesidad de afirmar simultáneamente que el objeto es independiente del signo y que no lo es» (1988 (1998):117). Y explica que el hecho de que el signo siempre represente a su objeto *bajo un fundamento* hace que el objeto dinámico pueda definirse como el desbordamiento del signo por el objeto, lo que significa que el objeto dinámico no es aquel que existe en la realidad, como si la realidad fuese aquello que objetivamente existe por fuera de los discursos, sino el objeto que ya ha sido abordado por otros discursos, por

otras ocurrencias significantes, y que seguirá generando discursos y abordajes significantes en el futuro, puesto que es «inconmensurable». En el doble triángulo con el que Verón grafica la dinámica de producción y reconocimiento de los discursos, el objeto dinámico es ese objeto del que un discurso particular habla pero insertado en las relaciones que mantiene con sus condiciones de producción y que mantendrá con sus condiciones de reconocimiento, es decir, la totalidad (inconmensurable) de lo que ya ha sido dicho de ese objeto y de lo que se dirá en el futuro. Puesto que las condiciones de producción de un discurso no son eso que se ha llamado «la realidad objetiva», sino la totalidad de los discursos que ya han abordado ese objeto bajo otros fundamentos, Verón encuentra el «espesor de lo real» en la dinámica de los discursos sociales:

¿Pero cuál es el verdadero fundamento de estos signos que son leyes y que expresan «la manera en que ese futuro que no tendrá fin debe continuar siendo» (1.536/Fr.: 115)? Es, ciertamente, lo que Peirce llama *hábito*, que es al mismo tiempo el interpretante final («Una ley jamás puede encarnarse en tanto que ley, salvo determinando un hábito» –1.536/Fr.: 115). Y el hábito no es ni más ni menos que lo que, mucho más tarde, los sociólogos llamaron la *acción social* (...) Lo social aparece así como el fundamento último de la realidad y, al mismo tiempo, como el fundamento último de la verdad (Verón 1988 (1998):119).

Así concebida la realidad, la oposición entre *externo* e *interno* deja de tener sentido:

Los «objetos» que interesan al análisis de los discursos no están, en resumen, «en» los discursos; tampoco están «fuera» de ellos, en alguna parte de la «realidad social objetiva». Son *sistemas de relaciones*: sistemas de relaciones que todo producto significativo mantiene con sus condiciones de generación por una parte, y con sus efectos por la otra» (Verón 1988 (1998): 128).

Esta lectura de la teoría de Peirce es posible, precisamente, a partir de la noción de comunidad que el propio Peirce elaboró desde 1868: realidad es, según el texto que citamos más arriba, aquello a lo cual conducirán la información y los razonamientos de una comunidad. ¿Pero qué son los razonamientos y la información sino pensamientos-signos?

*El pensamiento «en general»: la semiosis*

En «Cómo esclarecer nuestras ideas», en 1878, diez años después de haber definido así la noción de comunidad, Peirce parece contradecir su definición de realidad como algo que es independiente de lo que pensamos de ella, al afirmar lo siguiente:

La opinión destinada a ser aquella con la que todos los que investigan estarán de acuerdo finalmente es lo que entendemos por verdad, y el objeto representado en esta opinión es lo real. Así explicaría yo la realidad (Peirce 1878, *OFRI*):8.186).

En esta cita se ve algo nuevo: realidad se llamaría al objeto representado en esa opinión. Pero el objeto de una opinión es una representación, entonces sí depende de lo que pensemos de él.

El texto de Peirce sigue así:

Pero podría decirse que este punto de vista se opone directamente a la definición abstracta de realidad que hemos dado en la medida en que hace que los caracteres de lo real dependan de lo que finalmente se piensa de ellos. Pero la respuesta a esto es que, por un lado, la realidad es independiente, no necesariamente del pensamiento en general sino sólo de lo que usted o yo o cualquier número finito de hombres piensen de ella; (...) Pero la realidad de aquello que es real sí depende del hecho real de que la investigación, si se continúa lo suficiente, está destinada, a fin de cuentas, a desembocar en una creencia en ella (Peirce 1878, *OFRI*):8.186-187).

Esto significa que hay objetos del pensamiento que son reales o que podrían serlo en el futuro (pensemos en el viaje a la luna, que en algún momento pudo haber sido producto de la pura ficción; o en el descenso a los océanos en submarino, objeto en el que se venía trabajando desde el siglo XVII y que en el XVIII encontró su realización; o en los neutrones y protones que en el siglo XIX eran impensables), y esto sin entrar en el terreno de la borrosa frontera entre lo real y lo irreal (mitos que en el pasado fueron tenidos por verdades; «realidades» dependientes de una fe religiosa como la cuestión de la transubstanciación; la existencia de «brujas» llevadas a la hoguera tras procesos inquisitoriales en el Medioevo, etc.).

En este sentido, Peirce postula que la abducción, esa operación lógica cuyos argumentos son débiles, y, por tanto, un método poco seguro de arribar a la verdad, es el único tipo de razonamiento por el que una idea nueva puede surgir. ¿Qué sería de la física del siglo XX sin la imaginación de la lógica abductiva? ¿Qué, de la ingeniería biomolecular, de la medicina experimental, de la informática y de una larga lista de disciplinas que han dado productos que parecían de ciencia ficción, como Internet, sin su poder creativo aun cuando su seguridad lógica era mínima? El poder evocador de la abducción de realidades aún poco reales para su momento de producción nos acerca a ese límite en que la primeridad, como categoría de la posibilidad, de la indeterminación, de la libertad, no se encarna todavía en ningún existente y permanece en el ámbito de la vaguedad, y que se abre a un futuro que, en el aquí y ahora de su enunciación, parece ficcional.

Finalmente, igual que lo que algo es realmente es lo que puede finalmente llegar a conocerse de ello en el estado ideal de la información completa, del mismo modo la realidad depende de la decisión final de la comunidad; así que el pensamiento es lo que es sólo en virtud de que se dirige a un pensamiento futuro, que es, en su valor como pensamiento, idéntico a él, aunque más desarrollado. De esta manera, la existencia del pensamiento ahora depende de lo que será después; de modo que tiene una existencia solamente potencial, dependiente del pensamiento futuro de la comunidad (Peirce 1868, (OFR1):3.98.

### *Paradigma indicial y modelización de la realidad*

Volviendo al paradigma indicial: ¿trata Peirce el tema de los juicios perceptuales como modos de correspondencia entre pensamiento y mundo? ¿Qué significa exactamente que el objeto dinámico, como algo *independiente de y externo a* nuestras representaciones, constriñe, determina al signo, a través de nuestras percepciones? ¿Qué hay de nuestras percepciones cuando hablamos de realidades del pensamiento, intelectuales?

Hugo Mancuso retoma la teoría de la agonística paradigmática de Floyd Merrell para explicar que

(...) el pragmaticismo es pensado por Peirce como un método para determinar ciertos significados que circulan en la semiosis, proceso en el



que los signos disputan un determinado criterio de verosimilitud. Tal constante redefinición de significados en el ámbito de la semiosis es agónica. En tal sentido la suya no es una simple teoría del relativismo cognoscitivo sino que modeliza la realidad como la lucha por un principio de realidad que existe en determinado momento, en un aquí y ahora bajo la forma de ley y que es producto de una compleja agonía entre posiciones distintas (Mancuso 2010:137).

Desde este punto de vista, el objeto dinámico entendido como aquello que es independiente de nuestro pensamiento, como lo que tiene una existencia exterior a nuestra mente y que determina nuestros signos a partir de los juicios perceptuales, puede ser la causa de un choque, de un límite, de una resistencia pero nunca una realidad objetiva en el sentido que le otorgaba el positivismo o la teoría realista de la correspondencia: una puerta cerrada se me impone al paso y es un límite ante la enunciación de que nada se interpondrá en mi camino; una ortiga en el sendero, a la que subestimo, sancionará el roce de mi pierna con el ardor; puedo afirmar que la cerámica que tengo entre mis manos es dura, pero bastará que la marque con un cuchillo o que la tire al suelo para que el choque exterior refute mi idea. Sin embargo, la puerta cerrada, la ortiga, la cerámica no son simples objetos observables, sino objetos-signos que forman parte del flujo continuo de la semiosis y que el pensamiento configura de alguna manera siguiendo un modelo de realidad posible, modelo que está en diálogo con otros y que puede *complementarse con* y *no ser excluyente de* otros.

El problema se produce en torno a una realidad sígnica o que ha sido significada pues es imposible llegar a una realidad pura sin significación, como tampoco es posible determinar cuándo se produjo ese primer proceso de significación pues en el mismo momento que nace la conciencia nace tal proceso que queda fuera de nuestra conciencia; no podemos retornar a ese momento de virginidad significativa, algo que pretendían Descartes, Husserl, Hume y las teorías del conocimiento que parten de la presuposición de que hay una realidad pura o extra sígnica que es posible recuperar para acceder a un conocimiento verdadero. Para Peirce, esto es una utopía; desde que nacemos (y tal vez sugiere, desde siempre) estamos condicionados por las enunciaciones previas, *i.e.* el proceso de reclasificación de los significados es mediado y cultural (Mancuso 2010:126).

Houser nos advierte que el mundo exterior que se nos hace presente ante la conciencia no es lo único que presenta resistencias ante nuestras opiniones: también chocan contra nuestras opiniones las determinaciones que la semiosis ha desarrollado en torno a los pensamientos. O, dicho de otra manera, la continuidad del pensamiento, ese pensamiento general del que habla Peirce en «Cómo esclarecer nuestras ideas», que no es el pensamiento de una o dos o más personas sino el que se ha desenvuelto en el tiempo y ha conseguido consenso social, también ofrece resistencias:

Nuestras percepciones mismas están, en algún grado, constreñidas por nuestras opiniones previas y nuestros pensamientos por pensamientos pasados, de modo que no puede decirse que el único factor *determinante* en nuestras vidas sea una realidad externa resistente. Hay muchas maneras en las que se puede vivir en el mundo, y el intelecto no nos constriñe a un único camino. Hay mucho más respecto a un intelecto que la mera representación de objetos externos: hay planes y propósitos e ideales, todos los cuales pueden insertarse en hábitos intelectuales que *predeterminan la conducta futura*. Y, por supuesto, la conducta futura moldeará al mundo que ha de venir. Lo realmente interesante de la visión de Peirce es que nosotros como individuos, nosotros como humanidad, tenemos algún grado de control sobre nuestros hábitos intelectuales. Podemos elegir. Aunque con esfuerzo, podemos cambiar deliberadamente nuestros hábitos intelectuales, lo que significa que podemos cambiar nuestra mentalidad: y eso significa que tenemos algún grado de control sobre cuál de entre los muchos futuros posibles será el nuestro. Quizás eso es un idealismo semiótico, pero, si es así, es un idealismo compatible con el realismo semiótico (Houser (2012a):36-37).

Pragmatismo semiótico o semiótica pragmática parecerían ser la enunciación de un mismo oxímoron. Como decir idealismo realista o realismo idealista. Sin embargo, es entre estos dos polos que el pensamiento de Peirce disputa sus teorías, hasta desembocar en lo que podríamos llamar un objetivismo social, en el que la comunidad y sus consensos determinan qué es «lo real», impulsados por una realidad que presenta resistencias y orienta las investigaciones. La importancia de los índices en la teoría peirceana parecería llevarnos hacia una teoría de la correspondencia, hasta que comprendemos que los juicios perceptuales comparten también la naturaleza signica, son productos de hábitos, convenciones culturales.

### *Historia de la teoría atómica*

La historia de la teoría del átomo proporciona un caso a partir del cual reflexionar sobre los juicios perceptuales como hábitos, sobre el lugar de la percepción en las realidades intelectuales y sobre el paradigma indicial.

Podríamos decir que la hipótesis atómica tiene dos grandes momentos diferenciados, marcados por el paso de una concepción puramente filosófica a una científica. El trazado que acabamos de hacer no deja de presentar problemas: si bien hoy convenimos en que la concepción filosófica involucró altas dosis de ficción para explicar el cambio y la permanencia de la materia en relación con la concepción científica posterior (por ejemplo, los antiguos griegos explicaban que en los sólidos los átomos estaban unidos unos a otros con ganchos, mientras que en los líquidos son resbaladizos y lisos, y algunos más lisos que otros, como los del vino en relación con los del aceite), no podemos desligar el fuerte componente imaginativo («curiosidad filosófica», «hipótesis metafísica», «valor heurístico sin evidencia empírica») que requirió la teoría hasta que logró consenso comunitario científico (Diéguez 1995:6, Gellon, 2012:27-37). Por lo tanto, el tránsito entre esos dos momentos está signado por representaciones intelectuales en las que las pruebas experimentales que trataban de demostrar la existencia de los átomos no terminaban de poner de manifiesto perceptualmente su realidad:

La mayor parte de los químicos a comienzos del XIX asumían algún tipo de teoría corpuscular sobre la materia, pero no pasaban de considerar estas teorías como hipótesis metafísicas, al igual que había hecho Lavoisier. La fría recepción que dieron a la teoría de Dalton fue, pues, consecuente con esta postura. Como ha escrito L. A. Whitt, «para los químicos de la época el atomismo daltoniano era digno de prosecución (*pursuit*), pero no de aceptación (*acceptance*)». Atribuían a la hipótesis atómica un valor heurístico apreciable, pero lo único que la evidencia empírica probaba era que los elementos se combinaban siguiendo ciertas regularidades en la proporción de sus pesos. Que la razón de esas regularidades fuera la existencia real de los átomos era algo más que discutible para casi todos. William Whewell supo recoger el sentir general cuando afirmó que la utilidad de la teoría atómica no implicaba la realidad de los átomos (Diéguez 1995:6-7).

La afirmación de Whewell citada por Diéguez apunta precisamente a esas realidades aún poco reales para el estado de la cuestión en el momento en que esas hipótesis comienzan a circular. Como se sabe, John Dalton [1766-1844] es uno de los padres de la teoría atómica, que para entonces ya tiene su tradición en el devenir de la semiosis, pero que carece del consenso comunitario. Dalton establece, a partir de sus investigaciones químicas, que cada tipo de átomo tiene un peso característico, y de hecho fue el primero que publicó una tabla de pesos atómicos relativos. Ahora bien, que la idea de átomo viniera bien para explicar, por ejemplo, la distinta solubilidad de los gases en agua, no significaba que los átomos existieran. Al decir de Gellon, en un texto divulgativo de enorme poder sugestivo, «hay algo que no podemos ver (átomos, un proceso de invención) y formulamos ideas imaginarias que calzan con la evidencia» (2012:86). Dicho de otro modo, hay una evidencia: la relación de pesos entre los elementos de un compuesto químico, comprobable en las mediciones relativas en distintos compuestos; y hay una idea imaginaria, que explicaría la duplicación o triplicación del peso de ciertos elementos en diversos compuestos: los átomos. Esto quiere decir que si la cantidad de hidrógeno que se combina con el carbono para producir metano es casi el doble de la que se necesita para producir etileno, una hipótesis plausible para explicar esta duplicación es que el metano contiene dos átomos de hidrógeno y el etileno solo uno. Estamos ante una evidencia y ante una ficción que explica ciertos datos de esa evidencia, esto es, hay una abducción que se nos ha dado a partir de un juicio perceptual. La relación indicial que se da entre pensamiento-signo y mundo material se limita a la constatación de una regularidad en los pesos relativos de los elementos químicos cuando entran en combinaciones diversas. Tal índice se esfuma cuando la lógica abductiva permite formular la hipótesis de que esas regularidades se deben a la multiplicación de átomos. El átomo, a principios del siglo XIX, constituía, pues, una mera suposición «de valor heurístico apreciable», pero cuya materialidad no lograría probarse sino muchas décadas después. Mientras tanto, algunos miembros de la comunidad científica aceptaron esa realidad intelectual fundada en lo que hoy conocemos como Ley de Dalton de las Proporciones Múltiples, mientras que otros se resistieron hasta que Jean Baptiste Perrin (Premio Nobel de Física en 1926) confirmó experimentalmente predicciones matemáticas realizadas por Albert Einstein «que conectaban la trayectoria y el movimiento de las partículas con propiedades de los gases y sus moléculas», y que echaban precisión sobre el tamaño y el peso exactos de las moléculas (Gellon 2012:223). En el camino, la idea de valencia o enlace atómico,

la construcción de fórmulas estructurales de átomos conectados, la elaboración de la Tabla Periódica de los elementos químicos, la teoría cinética de los gases y un larga lista de investigaciones químicas y físicas constituyeron los eslabones del *continuum* de una semiosis que fue abonando con más evidencia indirecta la ficción de los átomos, imperceptibles de manera directa pero cada vez menos ficcionales.

En términos peirceanos, podríamos decir que la indagación científica en la historia de la teoría atómica constituyó un camino de búsqueda de la determinación de la experiencia en la generalidad del pensamiento, abducida por evidencia en las mediciones de los elementos químicos. Esto quiere decir que lo individual, esto es, las mediciones de los pesos atómicos relativos en determinados compuestos químicos, permitió plantear la hipótesis de la existencia de átomos (a través de una lógica abductiva), que tardó casi un siglo de ciencia experimental en encontrar su encarnación en una secundidad que más que un existente parece ser, incluso en la actualidad, en tiempos del *Scanning Electron Microscope* (STM),<sup>3</sup> un acuerdo comunitario.<sup>4</sup>

La teoría del átomo permite ver que esa relación indicial entre pensamiento-signo y mundo material exige en muchos casos creatividad, imaginación para intuir lo que no es perceptible en primera instancia. Y es aquí donde esas sugestivas palabras del epígrafe de este trabajo adquieren peso: «como los átomos son entidades indivisibles, los científicos no los pudieron observar, sino que tuvieron que imaginarlos. Alguna vez se dijo que la ciencia es, precisamente, la frontera ardiente entre observación e imaginación» (Gellon, 2012:20).

Retomando el interrogante de Houser, «¿cómo podría confirmarse la máxima pragmática?», ¿cómo podría, si esos signos con valor intelectual no encuentran confirmación inductiva? La respuesta está, como el devenir de la teoría atómica lo demuestra, en el fluir de la semiosis, en su *continuum*, en el futuro de las investigaciones que no solo encuentran perfeccionamiento técnico y

---

<sup>3</sup> El Microscopio electrónico de barrido (SEM, *Scanning Electron Microscope*) es una técnica que reproduce imágenes de alta resolución, a nivel atómico.

<sup>4</sup> Dice al respecto Gellon: «Todavía es debatible si realmente hemos visto átomos o si se trata de imágenes altamente elaboradas por técnicas complejas de escaneo que poco tienen que ver con nuestros ojos. Lo que sí es indudable es que técnica tras técnica, experimento tras experimento apuntan a la existencia real de esos pequeños demonios. Y cada vez estamos más cerca de poder verlos, aunque los investigadores se siguen preguntando qué es exactamente eso que creemos ver» (2012:232-233).

acumulación de evidencia indirecta, sino también continuidad en los hábitos perceptivos y en los hábitos de pensamiento, en el futuro de los cambios en las condiciones de producción. La teoría del átomo encuentra un principio regulativo en observaciones de comportamientos químicos y mediciones que sugieren una realidad material que no es posible, en el estado de la técnica del siglo XIX, verificar empíricamente. La evidencia indirecta lleva, en lógica abductiva, a la postulación de la existencia del átomo: tenemos una proposición que no encuentra su relación indicial con el mundo material porque la materialidad no es directa sino indirectamente perceptible y, por lo tanto, solo deducible. «La realidad de aquello que es real sí depende del hecho real de que la investigación, si se continúa lo suficiente, está destinada, a fin de cuentas, a desembocar en una creencia en ella» (Peirce 1878,(OFR1):8.186-187).

El objeto dinámico como algo *independiente de y externo a* nuestras representaciones constriñe, determina al signo, a través de nuestras percepciones (la materia es divisible hasta un cierto punto, se pueden aislar elementos de compuestos químicos y se pueden calcular los pesos de tales elementos en sus compuestos). Pero esas percepciones también son culturales, se constituyen en hábitos, como nos enseña Peirce (la hipótesis atómica fue resistida durante muchos siglos por su asociación con el ateísmo, hasta que un pensamiento-signo persuasivo, proveniente de un sacerdote católico, Pierre Gassendi, dio lugar a un giro en la argumentación antiatomista) (Gellon, 2012:47-48). Simultáneamente, existen realidades del pensamiento (los átomos, en las hipótesis científicas del siglo XIX), estimuladas por percepciones indirectas, que no podrían ser consideradas objetos dinámicos y sin embargo adquieren una fuerza que guía las investigaciones. Lo que lleva a la reflexión sobre la consideración dicotómica del objeto peirceano en torno a la dependencia vs independencia de las representaciones, o a lo interno por oposición a lo externo, como decíamos al comienzo.

Verón anula esa oposición al encontrar el espesor de lo real en la discursividad social y su flujo constante entre las condiciones de producción y las de reconocimiento. Lo que hay no es realidad material objetiva, por un lado, y discursos, por el otro, sino otros discursos que ya han abordado un objeto determinado y cuya realidad se dirime en el acuerdo social. La teoría atómica es un buen ejemplo de cómo lo que comenzó siendo una ficción, terminó constituyéndose en una realidad que pocos en la actualidad se atreverían a cuestionar. ¿Objeto observable u objeto construible?

## Conclusiones

La cuestión de qué índices son posibles en el mundo de las realidades intelectuales (hipótesis, modelos heurísticos, curiosidades filosóficas) o mentales de cualquier tipo (sueños, alucinaciones, ficciones) plantearía, pues, un problema en apariencia irresoluble si nos empeñáramos en mantener esa tajante distinción, presente en la misma teoría peirceana, entre lo interno y lo externo, entre la realidad material y la realidad intelectual, cuya persistencia en la teoría de Peirce obedece, quizás, al hábito de indagar desde el horizonte filosófico, tal como pasa con la recurrencia a la noción de «realidad», que se impone como categoría-límite. Como sostiene Floyd Merrell,

El concepto de Peirce de lo que es y no es «real» y de lo que existe y no en el mundo exterior, concepto que a fin de cuentas abraza la *vaguedad*, *generalidad*, *inconsistencia*, y *la falta de plenitud*, revela las limitaciones de la lógica clásica (...). Pero sobre todo, gracias a las categorías resbaladizas, elusivas, y siempre en transición, entre lo «real» y lo «irreal», tenemos en esencia la complementariedad entre esquemas conceptuales (o «paradigmas», por decirlo así), lo que es la base de la semiosis en el sentido más general de la palabra (Merrell 1994).

En la agonística entre discursos, en la agonística entre mundos posibles reside la riqueza de la semiosis, una semiosis en la que lo natural y lo cultural son modelizaciones de esa elusiva categoría a la que llamamos «realidad».

Por último, si abrimos la conceptualización peirceana a una más actual de la discursividad, es más fácil plantear desde ahí la falta de pertinencia de esa oposición interno vs. externo: si todo pensamiento, o, en términos de la lógica semiótica de Peirce, si toda *proposición* es un discurso que construye un objeto que ya ha sido dicho desde otros fundamentos, ese objeto no está ni dentro ni fuera de la realidad sino que es la realidad, tal como propone Verón. Así, hablaremos de «lo real» tanto cuando sintamos el latigazo de una ortiga en la pierna, como cuando conceptualicemos la constitución atómica de la materia o nos refiramos a *Spiderman*, a los unicornios azules o al cuerpo y la sangre de Cristo. ■

**REFERENCIAS**

- DIÉGUEZ Antonio J.  
1995 "Realismo y antirrealismo en la discusión sobre la existencia de los átomos", *Philosophica Malacitana*, 8:49-65.
- FISCH Max H.  
1986 *Pierce, Semeiotic, and Pragmatism*, [KEYNER Kenneth Laine & KLOESEL Christian J. W. (eds.)], Bloomington: Indiana University Press.
- GELLON Gabriel  
2012 *Había una vez el átomo. O cómo los científicos imaginan lo invisible*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- HOUSER Nathan  
(2012a) "Introducción", en PEIRCE Charles S. (2012a):17-39.  
(2012b) "Introducción", en PEIRCE Charles S. (2012b):21-46.
- MANCUSO Hugo R.  
2010 *De lo decible. Entre Semiótica y Filosofía: Peirce, Gramsci, Wittgenstein*, Buenos Aires-Santiago-Montevideo-México: Sb.
- MERRELL Floyd  
(1994) "Agonística paradigmática", *AdVersus*, V, 4-6:13-34 (replicado en *AdVersus* (en línea), II, 3 (citado 12 de noviembre de 2015), disponible en: <<http://www.adversus.org/indice/nro3/articulos/articulomerrel.htm>>, ISSN1669-7588.
- PEIRCE Charles Sanders  
1868 "Some Consequences of Four Incapacities" in PEIRCE Charles S. [1931-1958]: *CP* 5.264-317; (tr. esp.: PEIRCE Charles S. 2012a *OFR1*:3.72-99).  
1871 "Fraser's The Works of George Berkeley", *North American Review*, 113:449-72; in PEIRCE Charles S., *Collected Papers of Charles Sanders Peirce* [BURKS Arthur W, ed.], Cambridge: Harvard University Press, 1958, (*CP*) 8:7-38 (tr. esp.: PEIRCE Charles S. 2012a:128-150).  
1878 "How to Make Our Ideas Clear", *Popular Science Monthly*, 12:286-302; in PEIRCE Charles S., *Collected Papers of Charles Sanders Peirce* [BURKS Arthur W, ed.], Cambridge: Harvard University Press, 1834-35, (*CP*) 5:388-410; (tr. esp.: PEIRCE Charles S. 2012a (*OFR1*):8.172-188).  
1903a "La naturaleza del significado (conferencia VI)", in PEIRCE Charles S. 2012b (*OFR2*):15.  
1903b "El pragmatismo como lógica de la abducción (Conferencia VII), in PEIRCE Charles S., 2012b (*OFR2*):16.  
(2012a) *Obra filosófica reunida Tomo I (1867-1893)*, [HOUSER Nathan & KLOESEL Christian (eds.)], (trad. de MCNABB Darin; rev. de la trad. Sara BARRENA y TREJO Fausto José), México: Fondo de Cultura Económica.  
(2012b) *Obra filosófica reunida Tomo II (1893-1913)*, [HOUSER Nathan & KLOESEL Christian (eds.)], (trad. de MCNABB Darin; rev. de la trad. Sara BARRENA y TREJO Fausto José), México: Fondo de Cultura Económica.



VERÓN Eliseo

- 1988 *La sémiosis sociale. Fragments d'une theorie de la discursivité*, París: Presses Universitaires de Vincennes; (tr. esp.: *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*, Barcelona: Gedisa, 1998).
- 2013 *La semiosis social, 2. Ideas, momentos, interpretantes*, Buenos Aires: Paidós.

